

ENTREVISTA A PABLO GONZÁLEZ

CÓMO PERDIÓ UNA PRESA OBREGÓN
Don Pablo relata la manera en que pudo salvar
de un seguro fusilamiento al general Ojeda

Lo siguiente ha sido escrito conforme a los datos
proporcionados por el general de división Pablo González

No olvidando que habían sido enemigos en el campo de batalla, el general Álvaro Obregón trató insistente y enérgicamente de tener en su poder al general Pedro Ojeda cuando éste, ya rendido, se encontraba en la Ciudad de México.

Primero telegráficamente, y después por medio de un enviado especial, el general Obregón pretendió que el que el general Pablo González le entregara al general Ojeda, sin explicar qué se haría del reo. Pero el general González se rehusó a entregar a Ojeda, quien, después de amnistiado, había pasado a pertenecer al depósito de generales, jefes y oficiales del ejército ex federal.

La insistencia de Obregón para que le fuera entregado el general Ojeda, provocó un fuerte choque entre González y el jefe de la columna que operaba en el Bajío contra las fuerzas del general Francisco Villa.

El general Álvaro Obregón, al frente de las fuerzas constitucionalistas, se encontraba en Trinidad, después de haber derrotado a los villistas, y preparaba su avance hacia el norte del país, cuando dirigió al general González un mensaje en el cual más o menos le decía: “Sírvasse usted poner a disposición de este cuerpo general al ex general federal Pedro Ojeda”.

Hacía poco que el general Pablo González, jefe del cuerpo del Ejército de Oriente, había entrado a la Ciudad de México, cuando recibió el anterior mensaje, el cual le causó no poca sorpresa.

EL FIN DE LA CARRERA DE OJEDA

El general Pedro Ojeda había sido uno de los más encarnizados enemigos de los revolucionarios. En Sonora había combatido contra las fuerzas del general Obregón y había sostenido el famoso sitio de Guaymas. En Morelos había combatido contra los zapatistas, sosteniendo el sitio de Cuernavaca, duramente el cual se hizo famoso por su valor y su energía.

Habiendo abandonado la ciudad de Cuernavaca, el general Ojeda trató de llegar a la Ciudad de México, pero su columna fue derrotada y dispersa en el camino, viéndose el general en la necesidad de rendirse al enemigo. Fue conducido a Toluca prisionero y más tarde a la Ciudad de México, donde fue amnistiado por el general González, quien no solamente le proporcionó las debidas garantías, sino que también lo pasó al depósito de generales y oficiales ex federales.

Retirado prácticamente a la vida privada se encontró a Ojeda a principios de 1915, cuando el general González recibió el mensaje de Obregón.

LA NEGATIVA DEL GRAL. GONZALEZ

Don Pablo contestó inmediatamente a Obregón, negándose terminantemente a entregarle a Ojeda, y haciéndole saber que no se trataba de un prisionero de guerra, sino de un amnistiado. Además, el general González le indicaba a Obregón los peligros que podía correr el general Ojeda, ya que podía ser víctima de “alguna venganza”, y finalmente, le hacía saber que no solamente el jefe del cuerpo del Ejército del Noreste podía estar resentido contra los

generales ex federales, sino que numerosos revolucionarios lo estaban y que, sin embargo, no hacían peticiones de tal índole.

Pero el general Obregón no escuchó estas razones de González e insistió, hasta que perdió la esperanza de que Ojeda le fuera entregado, envió a la Ciudad de México al general Benjamín Hill. El general Hill se presentó en la Secretaría de Guerra y Marina, en donde despachaba el divisionario González, tratando atropelladamente de entrar a la oficina privada del jefe del cuerpo del Ejército de Oriente, sin anunciarse; pero el oficial que se encontraba de guardia le marcó el alto.

—*Soy el general Benjamín Hill, y traigo una comisión del general Obregón* —gritó el general Hill.

—*Lo siento, mi general, pero tengo que anunciarle, porque es la consigna de mi general González* —contestó el oficial de guardia.

—*¡Soy el general Hill!* —repitió el enviado del general Obregón, al mismo tiempo que pretendía abrirse paso hacia la puerta del despacho de González.

El oficial, enérgico y resuelto, se interpuso, advirtiéndole:

—*Mi general, soy soldado y sé cumplir con la consigna y me verá obligado...*

—*Bueno, anúnciame con el general* —accedió al fin Hill.

UNA ESCENA VIOLENTA

Minutos después, el general Hill entró al despacho del jefe del cuerpo del Ejército del Noreste, quien de pie y severo, le tendió la mano.

—*¿Para qué soy útil, general?* —le preguntó González, quien ya había sido informado de la actitud de Hill en la antesala.

Hill estaba visiblemente nervioso, con el rostro encendido, y como si se dirigiera a un subalterno, advirtió:

—*Vengo con una comisión urgente de mi general Obregón...*

Y sin esperar respuesta del general González, y dando fuertes golpes sobre el escritorio de éste, agregó en tono violento:

—*Vengo a que me entregue inmediatamente al general Pedro Ojeda, para conducirlo al cuartel general donde...*

—*¿Sabe usted con quién está hablando?* —le interrumpió severamente el general González.

—*Sí, con el general González* —contestó Hill.

—Sí, señor —añadió don Pablo—, *habla usted con el general Pablo González, jefe del cuerpo del Ejército de Noroeste y comandante militar de esta plaza, y exijo a usted respeto y comedimiento, porque habla con su superior... ¿Lo oye usted? No me vuelva usted a dar golpes sobre este escritorio... Siéntese usted en esa silla, no me levante la voz e infórmeme de su comisión...*

El general Hill quedó como aturdido.

—Informe usted de su comisión —le ordenó don Pablo.

NUEVA NEGATIVA

Ya más sereno, el general Hill indicó al general González que había sido comisionado por el general Álvaro Obregón para que recibiera al general Pedro Ojeda y lo llevara al cuartel general.

—*Ya he dicho al general Obregón, por medio del telégrafo, que no entregaré al general Ojeda* —repuso González añadiendo—: *y confirmo mi disposición: diga usted al general Obregón que el general Ojeda se encuentra en mi jurisdicción, y que como no tengo comisión que conferirle en el cuartel general del cuerpo del Ejército de Noroeste, permanecerá en esta ciudad.*

Enseguida, don Pablo advirtió al general Hill, que cualquier intento que se hiciese para secuestrar al general Ojeda o para llevarlo al cuartel general de Obregón por otros medios, sería duramente castigado por él.

Como Hill tratara de convencer a, ya en forma amistosa, de que Ojeda fuera puesto a disposición de Obregón, don Pablo confirmó que por ningún motivo el general ex federal saldría de la Ciudad de México, ya que no permitiría que se ejerciera venganza alguna sobre un soldado valiente y cumplido, que no había tenido más delito que militar en filas contrarias.

El general Hill hubo al fin de desistir de su empeño, tratando con González algunos otros asuntos del servicio, y retirándose, no en la forma como había llegado, sino como un subalterno del comandante militar de la Ciudad de México.

Años después, el general Ojeda —“El Tigre de Naco”— moría en su cama, siendo presidente municipal de Azcapotzalco.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 31 de diciembre de 1933, año VIII, núm. 98, p. 3.